CAPÍTULO LV. *De la elección del rey Axayacatl, sexto rey mexicano, y muerte de Totoquihuatzin, rey de Tlacupa, y principio de las disensiones entre este rey de Mexico y el de Tlatelulco, su cuñado*

MUERTO EL REY MOTECUHZUMA ILHUICAMINA, quinto rey mexicano y dejando dicho lo que sentía de la elección de nuevo rey por su muerte, entraron a elegir el que había de sentarse en la silla real que dejaba; y pareciéndoles a todos los electores que el difunto había mirado bien el caso y que Axayacatl, hijo de Tezozomoctli (señor mexicano), era hombre valeroso y de muy gran suerte para el reinado, fue de común consentimiento pasado a esta dignidad de la que tenía de tlacuchcalcatl y capitán general, y hecho rey. Y puesto en la posesión del reino entró en la suya de capitán general su hermano Tizoc. Esta elección fue así, como se ha dicho, entrando por rey sexto de este reino mexicano Axayacatl, lo cual he visto en tres historias mexicanas y en una tetzcucana, y así los van nombrando los padres fray Toribio Motolinia y fray Bernardino de Sahagún y fray Hierónimo de Mendieta, frailes de la Orden de mi Padre San Francisco, que supieron estas cosas muy de raíz y las inquirieron con todo cuidado y son los que cito en estos libros muchas veces, por haberme aprovechado de sus escritos en mucho de lo que en ellos digo; y siendo sucesión tan clara y manifiesta y que así se platica entre los indios que más saben, no sé cómo el que hizo la relación que imprimió el padre Acosta pervirtió este orden y antepuso a este rey Axayacatl a Tizoc y los hace a entrambos hijos del rey Motecuhzuma Ilhuicamina, no siéndolo, si ya no es que el que hizo la relación no la averiguó bien con los indios o supo poco de la lengua mexicana (cosa tan necesaria y importante para escribir sus historias) y así no debió de entender bien lo que de esto le dijeron; y por esto no insisto mucho en lo que dice luego, que los padres no falten a los hijos, pues se verifica por lo dicho y por las ciertas averiguaciones que de esto tengo hechas, no ser hijo ni el uno ni el otro. Y esto mismo respondo a Herrera que sigue esta computación por este mismo orden, aprovechándose de lo que dice Acosta para lo que él dice de esta sucesión de reyes y en la historia de Tlacaellel y cosas que fingidamente se le atribuyen.

Y por ser costumbre ya entre estos mexicanos que los electos en reyes para haberse de coronar, habían de ir a alguna provincia a hacerles guerra y vencer por su persona alguno o algunos cautivos y traer gente que sacrificar en la fiesta de su coronación. Hizo luego jornada y con presteza pasó con un poderoso ejército a la provincia de Tecuantepec (que dista de Mexico ciento y treinta leguas, y no doscientas como dice Acosta) y en ella dio batalla a un poderoso e inumerable ejército que, así de aquella provincia como de las comarcanas, se había juntado contra Mexico. El primero que salió delante de su campo fue el mismo rey desafiando a sus contrarios,

de los cuales (cuando le acometieron) fingió huir hasta traerlos a una emboscada donde tenía muchos soldados cubiertos con paja; éstos salieron a deshora y los que iban huyendo revolvieron, de suerte que tomaron en medio a los de Tecuantepec y dieron en ellos, haciendo cruel matanza y prosiguiendo el alcance asolaron su ciudad y su templo y a todos los comarcanos dieron castigo riguroso y sin parar fueron conquistando hasta Coatulco (puerto hoy día muy conocido en la Mar del Sur). De esta jornada volvió Axayacatl con grandísima presa y riquezas a Mexico, donde se coronó soberbiamente con excesivo aparato de sacrificios. En este tiempo se alteraron los de Huexotzinco y Atlixco y fue contra ellos Axayacatl, acompañado con Nezahualcoyotl de Tetzcuco y Totoquihuatzin de Tlacupa; y estando en la batalla se apareció en medio de ella el demonio en figura del dios Titlacahua, y se llevó dos señores mexicanos de los más principales, a los cuales acudió la gente mexicana a favorecer, y pudieron tanto que se los quitaron, con que los contrarios quedaron vencidos y los reyes se volvieron a sus casas; y el de México contó el prodigio y caso sucedido a sus adivinos y agoreros y dijeron no estar acabada la guerra de todo punto, por lo cual quedó abierta para todo tiempo.

Vueltos de esta guerra murió el rey Totoquihuatzin de Tlacupa, habiendo sido hombre muy valeroso el tiempo que gobernó su reino, ayudando con su gente a la conquista del imperio mexicano. Y fue puesto en su lugar Chimalpopoca su hijo, mozo valiente y de mucho valor y esfuerzo, y comenzó su gobierno con mucha loa y buenos sucesos.

Al quinto año del reinado de este rey Axayacatl mandó hacer un templo, que se llamó Cohuatlan y diolo al cargo de huexotzincas, para que cuidasen de su servicio, adorno y limpieza; y este año se eclipsó el sol que fue mal anuncio para esta nación mexicana, porque luego murió Totoquihuatzin, rey de Tlacupa, como queda dicho.

Por este mismo tiempo, Moquihuix, señor de Tlatelulco, cuñado de este rey Axayacatl, casado con su hermana, mandó hacer otro templo que se llamó Cohuaxolotl, para sólo engañar a los tenochcas; y de aquí comenzó a haber disensiones entre estas dos parcialidades, resucitando sus pasiones antiguas (como si no fueran todos unos mismos y de una misma sangre y familia), de donde Axayacatl quedó algo disgustado con Moquihuix, su cuñado y Moquihuix se mostró también desabrido con Axayacatl. A esto se juntó que el de Tlatelulco, no queriendo bien a su mujer, hermana de Axayacatl, no la trataba con amor, ni con aquel respeto que se debía a una hermana de tan gran rey, como era el de México.